



Francisco Pi y Arsuaga

# **La viuda de don Rodrigo**

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

**Francisco Pi y Arsuaga**

# **La viuda de don Rodrigo**

Cuadro dramático en un acto y en verso

PERSONAJES:

EGILONA, viuda de D. Rodrigo y cautiva de  
ABDELAZIZ, emir y esposo de Egilona.

HABIB BEN OBEIDAD EL FEHERI, amigo y compañero de Abdelaziz,  
HOWARA, amiga de Egilona.

ÉPOCA: Año 716.

Acto único

Decoración: Habitación de la casa de recreo de ABDELAZIZ, en las afueras de Sevilla.

Escena I

EGILONA y HOWARA.

HOWARA

¿Por qué lloras? Di, ¿qué afán  
vino a turbarte traidor?

EGILONA

¡Si vieras cuánto dolor

estas lágrimas me dan!

HOWARA

La de los lindos collares,  
Ommalisam, cual su dueño  
la llama en su dulce empeño,  
¿por qué alberga esos pesares?  
¿Quién causa tu desconsuelo?  
¿Por qué viertes ese llanto?  
¿Ya no le amas?

EGILONA

Le amo tanto,  
que él es hoy mi único anhelo.

HOWARA

Si en tu pecho hay esperanzas  
y en tu corazón amores,  
¿cuáles son estos dolores  
que logran esas mudanzas?

EGILONA

Vas mi llanto a comprender  
y el dolor que mi alma trunca.  
¿Es, ni puede llegar nunca,  
a ser eterno el placer?  
Al ver esta dicha mía,  
no lloro amargos dolores;  
lloro sólo los temores  
de perder esta alegría.

HOWARA

Viuda del Rey de los godos,  
¿puedes temer, Egilona?  
El emir su amor te abona  
del más noble de los modos.  
En Mérida, prisionera,  
era justo tu quebranto;  
pero hoy ha cambiado tanto  
tu suerte, que ya sincera  
puedes reírte, sin misterio.  
El emir trocó tus penas,  
destruyendo las cadenas  
de tu triste cautiverio.  
Hoy, unida en cuerpo y alma  
a Abdelaziz generoso,  
le puedes llamar tu esposo

y vivir en dulce calma.  
¿Aún contenta no te ves,  
cuando, por artes de amor,  
al que ayer era señor  
contemplas hoy a tus pies?

#### EGILONA

También, ¡oh, mi amiga Howara!,  
a Ataulfo amó Placidia;  
también ella inspiró envidia,  
y su dicha le fue cara;  
que también aquel delirio  
de la hermana del Honorio,  
llevó en dulce desposorio  
la corona del martirio.  
Constantino, aquel celoso;  
Sigerico, aquel traidor,  
reina o viuda, a aquel amor  
jamás cedieron reposo.  
Hay a más en nuestra boda,  
Howara, otro cruel motivo,  
que muerto el amor hoy vivo,  
dará pie a la crueldad toda.  
Da aliento a mi corazón  
de Jesucristo la cruz;  
Abdelaziz ve otra luz,  
él tiene otra religión.

#### HOWARA

Abdelaziz, tolerante,  
a tu religión respeta.  
El emir no te sujeta  
a ningún yugo humillante.

#### EGILONA

Amalarico también  
hizo un solemne tratado,  
que poco después hollado  
fue con cínico desdén.  
Clotilde a este Rey amaba,  
y el Rey, fingiendo quererla,  
quiso a su afán someterla,  
y fiero la maltrataba.  
Ella, no hallando consuelo  
a aquellas luchas temidas,  
y mirando sus heridas,  
mojó en su sangre un pañuelo.

Al franco por su rescate  
le envió el presente anunciado,  
y el pañuelo ensangrentado  
fue la señal del combate.  
Cruel su hermano Chidilberto,  
a Amalarico retó;  
Amalarico acudió,  
y Amalarico fue muero.  
Ella, al ver cual se derrumba  
la frágil dicha del mundo,  
sintió el dolor más profundo,  
y a poco bajó a la tumba.  
Ve si tengo yo razón  
cuando tempestad presagio,  
y de cercano naufragio  
llega el agua al corazón.  
Las tempestades de enojos  
que roban a un ser la calma,  
mucho antes las siente el alma  
de que las miren los ojos.

HOWARA

¿Por qué con Abdelaziz,  
Egilona, te casaste?  
¿Por qué, di, no te negaste  
si no ha de hacerte feliz?

EGILONA

Porque temí que furioso  
castigara mi desdén;  
porque yo ya sé muy bien  
lo que puede un poderoso.  
No son Escipiones todos,  
ni esposas de Allucio todas.

HOWARA

Feliz serás con tus bodas,  
amiga, de todos modos.  
Desecha, pues, tu dolor,  
estrecha más esos lazos.  
Arrójate ya en sus brazos  
e inúndale con tu amor.  
Él será digno de ti.

EGILONA

¡Dios sabe lo que ha de ser!

HOWARA

Su genio haz por comprender.

EGILONA

Vámonos. Él viene aquí.

(Vanse.)

Escena II

ABDELAZIZ y HABIB.

HABIB

No te digo, Abdelaziz,  
que no esté bien lo que has hecho;  
tu conducta generosa  
yo la aplaudo y la celebro.  
Casarte con Egilona  
ha sido rasgo muy bello.  
Convertir a la cautiva  
en señora, es un buen hecho.  
Hacer dueños de ti mismo,  
hacerte tú mismo siervo  
de la de quien señor fuiste,  
de la que te vio por dueño,  
es un acto que te eleva  
y que abona tu talento.  
Respetar su religión,  
es ser justo y es ser bueno,  
tolerante y respetuoso,  
imparcial y caballero.  
Mereces, en fin, loores;  
eres un emir modelo;  
pero, Abdelaziz, ¿no crees  
que no te irá bien con serlo?  
Hay mil veces en la vida,  
en que al impulso secreto  
de un corazón generoso  
hay que oponer el esfuerzo  
de cierta crueldad, precisa  
cuando se ocupa tu puesto.  
Casado con la cristiana  
mujer del Rodrigo fiero  
que a las orillas dejó  
del Guadalete siniestro,

con su corona su vida,  
y con su vida su imperio;  
casado con Egilona,  
mujer que alabo y venero,  
porque merece por todo  
el más profundo respeto;  
con Egilona, enemiga  
del valiente sarraceno,  
porque el sarraceno puso  
entre su pecho y tu pecho  
de la sangre de Rodrigo  
un mar cual el mar inmenso;  
¿no temes, di, Abdelaziz,  
que alborotado tu pueblo,  
sospechando de tu fe,  
vea en ti locos deseos  
de levantar en las ruinas  
del aniquilado reino  
del califa independiente  
otra ley con otro imperio?  
Mira que el pueblo murmura,  
que te atribuyen intentos  
que tú debes desmentir;  
mira que muchos dan crédito  
al cuento de la corona  
que, por aumentar deseos,  
Egilona en tu sien ciñe  
cuando despiertas del sueño.  
Piensa en lo que yo te digo,  
haz caso de mis consejos.  
Ámala; pero haz muy pronto  
de que la abandonas mérito.  
Finge que ya no la quieres,  
que merece tu desprecio;  
ódiala públicamente,  
y hazte su esclavo en secreto.  
A los dos esto os conviene.  
Si no lo hacéis mucho temo  
que no lleguen al califa  
esas calumnias y cuentos,  
y que el califa cometa  
algún grave desacierto.

ABDELAZIZ

Habib, me explico tu afán  
y hasta comprendo tu miedo.  
Me quieres, y tu cariño

te finge sombras y espectros;  
pero aparte de entender  
lo noble de tus consejos,  
lo sano de tu intención,  
que no hay un califa creo  
que con fiera ingratitude  
pague bondades y esfuerzos  
como los que he ejecutado  
por dar glorias a ese pueblo  
en que vio la luz Mahoma,  
el profeta de los cielos,  
el enviado por Alah  
para dar al Universo  
fuego y luz, amor y vida,  
resignación y consuelo,  
con crímenes o maldades,  
con infamias o denuestos.  
¿Podrá dudar de mi fe  
ningún califa soberbio?  
Quizá en vez de la política  
de tolerancia que acepto,  
¿podrá el califa querer  
que deje ya de ser bueno  
y arrase a mi paso todo,  
sin piedad, a sangre y fuego?  
¿Se ha de ocultar al califa  
que un solo acto de respeto  
hacia el vencido, produce  
mas grande y mejor efecto  
que cien brillantes combates  
en que el enemigo es muerto?  
El acto que he ejecutado,  
¿no inspira calma a los pechos  
y les convierte en deudores  
de gratitud y de afecto?  
El convertir en amigos  
a los que enemigos fueron,  
¿no es hacerse con más fuerza,  
no es aumentar noble crédito  
y hacer que ruede la fama  
del valiente sarraceno  
por el anchuroso mundo  
de un extremo al otro extremo?  
Podremos decir que somos  
nobles entre los guerreros;  
todos matan al vencido,  
todos obran como dueños;



sólo nosotros, Habib,  
les respetamos sus templos,  
su religión, sus costumbres,  
su libertad, y a más de esto,  
sólo nosotros casamos  
con las esclavas que hacemos.  
El califa, agradecido,  
¿cómo, dime, ha de hacer mérito  
de ruindades y calumnias,  
conociendo mis anhelos?  
No traigan a mis salones  
otra vez esos misterios,  
que la multitud convierte  
en realidades de espectros.  
Mi nobleza está muy alta,  
mi corazón muy sereno,  
mi conciencia muy tranquila,  
muy claro mi pensamiento,  
para que los manchen nunca  
las calumnias de esos cuentos.  
Mas quiero hablar a Egilona,  
y que aquí se acerca veo.  
Apártate, Habib amigo,  
y sabe que te agradezco  
tu cariño y tu cuidado.

HABIB

Adiós, emir; hasta luego. (Vase.)

Escena III

EGILONA y ABDELAZIZ.

EGILONA

Adiós, emir amado.

ABDELAZIZ

¡Hola, Hommalisam bella;  
hola, fulgente estrella  
del cielo de mi amor!  
(Reparando en la tristeza de EGILONA.)  
Mas ¡oh! dime, ¿qué tienes,  
que al pecho tu belleza  
inclina su cabeza

con aire de dolor?  
La sombra de una pena  
se extiende por tu frente,  
me miras tristemente  
y el alma llega a ver,  
envuelta en amargura,  
formarse tus enojos,  
salirse por tus ojos  
y en lágrimas caer.  
Di qué dolor te abrumba,  
di, sí, qué afán te inquieta,  
qué aciago te sujeta  
con torpe frenesí,  
que está tu amante pronto  
a consolar tu duelo,  
pues es su único anhelo  
amarte, bella hurí.  
¿Anhelas más esclavos,  
anhelas perlas y oro,  
te estorba, di, algún moro?  
¡Oh, dilo, que si esto es,  
sultana de mi encanto,  
verás con cuál presteza,  
rodando su cabeza  
contemplarás a tus pies!  
Yo sueño con un mundo  
de dichas y de amores,  
de perlas y de flores,  
perfumes y ambrosía,  
y allá en esas fantásticas  
visiones del deseo,  
gozando paz me veo  
contigo, amada mía.  
Yo sueño el cielo hermoso,  
que tanto al hombre inquieta,  
cual lo pintó el profeta,  
con más luz y esplendor,  
y es ¡oh! que el que me finjo  
y al que mi ser camina,  
sultana, lo ilumina  
el rayo de tu amor.  
Depós esos enojos,  
depón esos agravios,  
colórense esos labios  
que pálidos están;  
ya ves que yo te adoro  
con loco amor creciente;

ya ves que solamente,  
calmar quiero tu afán.

EGILONA

Me vence tu discurso.  
En vano el ser batalla.

(Le extiende los brazos. Óyese al mismo tiempo la voz del muecín que llama a la oración.)

ABDELAZIZ

(Apartándose de súbito.)

Cristiana hermosa, calla,  
que tocan la oración.

(Baja la cabeza y se dispone a salir.)

EGILONA

Me dejas cuando ardiente  
dulcísimas, delicias  
te brindan mis caricias  
¡Oh, fiera religión!

(ABDELAZIZ sale. EGILONA se sienta abatida, y permanece meditando.)

Escena IV

EGILONA y HABIB, que entra sin ser visto por EGILONA ni reparar en ella.

HABIB

¡Y yo, su mejor amigo,  
sufiré al fin el tormento  
de dar muerte a Abdelaziz,  
el amigo verdadero,  
a quien quise desde niño  
y a quien doy amor inmenso,  
a pesar de su desgracia,  
en mi corazón profeso!  
¡Y yo he de matarle, yo,  
al califa por respeto!  
A él llegaron los rumores,  
sobre los que di consejo  
a mi amigo, y el califa  
hoy manda, y hoy le obedezco,  
que dé muerte a Abdelaziz,  
de la noche en el silencio.  
Aquí está la orden escrita,

(Mostrándola.)

ya no puedo perder tiempo.

Es de Alah siervo el califa,

y del califa soy siervo.

Obedecerle es preciso

cuando Alah así lo ha dispuesto.

(EGILONA repara en HABIB, y se acerca a él a tiempo que éste dice:)

Mas, ¿dónde está Abdelaziz?

EGILONA

Dedicado está a su rezo.

HABIB

¿Me oíste?

EGILONA

¿Qué le buscabas?

HABIB

¿No más que eso?

EGILONA

No más que eso.

HABIB

Pues voy a darle un recado.

EGILONA

Idos Con Dios.

HABIB

Pronto vuelvo. (Vase.)

Escena V

EGILONA

Habló largo rato solo.

Aquí debe haber misterio.

¿Le seguiré? No le sigo.

Que oculto quede el secreto.

Quizás cosas del Estado,

acaso asuntos ajenos

a mi amor y mis pasiones.

¡Ah! Por todas partes veo

que conspiran contra mí,  
o mejor contra mi anhelo.  
A Howara debo llamar.  
Con su lenguaje discreto  
volarán de mi cabeza  
estos tristes pensamientos.  
(Llamando.) ¡Howara! ¡Howara!

Escena VI

EGILONA y HOWARA.

HOWARA

(Agitada.) ¿Qué quieres?  
Yo ya venía a tu encuentro.  
Y Abdelaziz, ¿dónde está?

EGILONA

Pero, ¿qué quieres? ¿Qué es esto?

HOWARA

Egilona, vuela pronto  
hacia tu esposo, que creo  
que ya ha cerrado sus ojos,  
de la negra muerte al peso.

EGILONA

No puede ser. ¿Qué me dices?

HOWARA

Lo que te digo es secreto,  
y por varias confianzas  
he sabido que hay intentos  
de matarle, y que el califa  
es autor de tal siniestro.

EGILONA

¡Oh, imposible! ¡Abdelaziz! (Gritando.)  
¡Abdelaziz! ¡Vuela presto  
junto a tu esposa! De ti  
el temor que antes no siento.  
¡Ven, que quieren darte muerte,  
y yo perderte no quiero;  
ven, que hallarás un escudo

de tu defensa en mi pecho!  
¡Abdelaziz!

Escena VII

Dichos y HABIB con un alfanje ensangrentado.

HABIB  
(Cortando el paso a EGILONA.)  
¿Qué le quieres?

EGILONA  
¡Quiero verle!

HABIB  
Ya no puedo  
consolarte. Ya no vive.

EGILONA  
(Fuera de sí.)  
¿Quién le ha muerto?

HABIB  
¡Yo le he muerto!  
(Tira el puñal. EGILONA cae desplomada.)

HOWARA  
(Al público.)  
Ved cuál, en mil ocasiones,  
aun a costa de deseos,  
en su fondo algo plausibles  
y en su esencia acaso buenos,  
ha de contener su impulso  
el más generoso pecho  
(Telón rápido.)

---

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).

